

Casi al comienzo de *La ética protestante*, primera entrega de su magna tetralogía sobre las religiones y concepciones del mundo, el gran sociólogo alemán Max Weber avanzaba una pregunta que hoy es aún más actual:

Cuando un hijo de la moderna civilización europea se dispone a investigar un problema cualquiera de la historia universal, es inevitable y lógico que se lo plantee desde el siguiente punto de vista: ¿qué serie de circunstancias han determinado que, precisamente, sólo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales, que [...] parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez?

Esos “fenómenos culturales” no son solo el capitalismo, como Weber indica más adelante. La racionalidad y la ciencia, el Estado y el arte, la burocracia y el funcionario especializado, el derecho formal, el parlamento, son “fenómenos culturales” también, propios del desarrollo de la Europa Occidental, y que han adquirido universal alcance y validez.

Eso es lo que pretendo analizar, no la UE sino el papel histórico de Europa en el mundo, la primera (y hasta el momento única) región y cultura que ha tenido y sigue teniendo alcance universal.

Lo que nos obliga a ponernos en un singular punto de vista: el que el mismo Weber llamaba “punto de vista histórico-universal”. Universal en el espacio, global pues; pero también en el tiempo, lo que ahora se llama historia global. El único punto de vista válido, por cierto, en un mundo globalizado como el actual, en el que todas las historias regionales han confluído por primera vez en una única historia universal.

Ver el mundo, y a nosotros en él, desde el punto de vista de la historia de la humanidad. Esa es la tarea intelectual más relevante en este comienzo de siglo.

Pero el objeto de esa observación es Europa, y hablar de Europa es, inevitablemente, de su historia y de su geografía. Cuanta más ciencia social estudio, más me convengo de que la historia es, en buena medida, geografía, pues esta marca un horizonte natural de posibilidades dentro del que se tienen que adaptar las sociedades. Por decirlo de otro modo, la geografía está, y está siempre; la historia regresa, y regresa casi siempre.

Hagamos un poco de geografía.

Pues hablar de Europa es hablar de un pequeño pero complejo continente formado por al menos tres o cuatro penínsulas y algunas islas, situado en el extremo occidental del continente euroasiático, aislado del resto del mundo por el océano Atlántico al Oeste, el mar Mediterráneo y el desierto del Sahara al Sur, y las estepas y tundras asiáticas al Este, y débilmente conectado con Asia y África por el corredor de los Balcanes y el Cáucaso. Aislado pues por dos fronteras, que siguen siendo fronteras vivas, la del Este y la del Sur, conflictivas siempre, y de nuevo ahora. Un continente muy dividido hacia adentro, pero aislado hacia afuera. No es pues de sorprender que ese microcosmos

de pueblos aislados, con fuertes identidades, y en agresiva competencia de unos con otros, acabara proyectándose por el mar hacia el oeste.

Lo que nos devuelve de la geografía a la historia, la historia de la europeización del mundo, que es lo primero que me propongo analizar.

En segundo lugar, me centraré en el actual mundo post-europeo. Pero, un mundo al tiempo poderosamente europeizado, que será la tercer y última parte de mi análisis

La europeización del mundo

Hace ahora 500 años, en 1519, un marino español, vasco, Juan Sebastián Elcano, zarpaba desde palos de Moguer en una flota de cinco barcos al mando de Fernando de Magallanes en busca de una ruta hacia las Indias por el Oeste, el mismo proyecto frustrado de Colón. Tres años más tarde y después de una hazaña épica en la que habían cruzado el mar Pacífico por vez primera (y lo habían nombrado así), diecisiete famélicos y moribundos marineros regresarían al mismo puerto, culminando así la primera vuelta al mundo. Fue una hazaña, una empresa (por recoger ese viejo término) europea, pues en esa flota había marineros portugueses y españoles, pero también franceses, alemanes, turcos, malteses y, por supuesto, italianos, como Pigafetta, el cronista veneciano de la hazaña que escribió un maravilloso relato titulado nada menos que *Il Primo Viaggio Intorno al Globo Terracqueo*.

Lo traigo aquí a colación por la misma razón por la que el Instituto que tuve el honor de presidir lleva su nombre: porque Elcano es un icono, un símbolo de la globalización, que es tanto como decir de la europeización del mundo. *Primus circumdedisti me*, tú fuiste el primero en circunnavegarme, fue el *motto* que Carlos V le otorgó al escudo de Elcano.

Aquellas exploraciones ibéricas fueron el comienzo de la europeización del mundo, de lo que los historiadores han llamado la Era de Europa. Nadie como el gran historiador británico Toynbee, lo ha expresado con mayor fuerza:

Aquellos pioneros ibéricos, la vanguardia portuguesa alrededor de África hasta Goa, Malaca y Macao, y la vanguardia castellana cruzando el Atlántico hasta México y cruzando el Pacífico hasta Manila, prestaron un servicio sin parangón a la Cristiandad Occidental. Expandieron el horizonte y potencialmente el dominio de la sociedad que representaban, hasta que llegó a abrazar todas las tierras habitables y todos los mares navegables del globo.

Y añadía:

Debido en primer término a esta energía ibérica, la cristiandad occidental se ha desarrollado, como el grano de semilla de mostaza de la parábola, hasta llegar a ser la Gran Sociedad: un árbol bajo cuyas ramas todas las naciones de la Tierra han venido a cobijarse¹.

Y efectivamente, liderados por los pioneros ibéricos, y durante al menos 350 años, todas las naciones se cobijaron bajo esa rama, y la historia del mundo toda se ha escrito aquí en Europa, en Lisboa o El Escorial, en Londres, Ámsterdam, París y Berlín, más tarde, en esa Europa trasplantada que son los Estados Unidos. La historia de América Latina está en el Archivo de Indias, en Sevilla, no en América, sino aquí, pues aquí se escribió y desde aquí se administró.

¿Por qué ocurrió así? ¿Pudo ser de otro modo? Por supuesto. Justo al comienzo de un libro magnífico, *Armas, gérmenes y acero*, Jared Diamond se preguntaba por qué Pizarro había conquistado Perú, y no había sido Atahualpa el conquistador de Toledo. La respuesta era, sin duda, que las navegaciones de altura fueron posibles por una clara superioridad tecnológica. Pero cuidado, un observador marciano que hubiera estudiado el mundo al comienzo del siglo XV sin duda hubiera identificado a China como la región con mayor y más sofisticada tecnología. A comienzos del siglo XV el almirante eunuco Zheng He llevó a cabo nada menos que siete grandes expediciones navales a su "Océano Occidental", contando con hasta 1.681 naves de alta mar, con una eslora superior a los 150 metros, que embarcaron aproximadamente unas 30.000 personas. Otra hazaña aún más increíble. Pero regresaron a puerto. Y, sorprendentemente, su memoria fue borrada de los archivos imperiales, en una acción digna de un relato fantástico

¹ *A Study of History*, New York, 1947, pp. 124-125.